

## LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA: UNA CAUSA

José Luis Rubio Córdón

«Nosotros somos un pequeño género humano». (Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*)

«Hoy en día, viéndose Europa impregnada de un pesimismo nada paradójico, nuestra observación viene acompañada de sensaciones de envidia y esperanza, como si América Latina nos pudiera devolver algo que hemos perdido en nuestra larga trayectoria de modernidad y modernización, un algo que en el subcontinente quedó vivo». (Volker Lühr, *Isla, enclave y utopía*)

### LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA ANTE DOS INTERROGANTES.

*Partimos de dos interrogantes:*

La Comunidad Iberoamericana no ha sido constituida aún en forma definitiva, pero se encuentra en un avanzado estado de concreción a través de las Conferencias Iberoamericanas (o Cumbres Iberoamericanas de Jefes de Estado y de Gobierno) realizadas en Guadalajara, México (1991), Madrid, España (1992), Salvador de Bahía, Brasil (1993), Cartagena de Indias, Colombia (1994), San Carlos de Bariloche, Argentina (1995) y Viña del Mar, Chile (1996), así como las anunciadas para 1997 en Venezuela, 1998 en Portugal, 1999 en Cuba, 2000 en Panamá, 2001 en Perú y, probablemente, en la República Dominicana durante el 2002.

Esa Comunidad en gestación ha surgido y se mantiene, como es evidente, brotando de la base de un pasado histórico-cultural común, pero de un

pasado en el que late el sentimiento de que también puede haber algo de común en el futuro.

Y aquí surge el primer interrogante: ¿Puede, realmente, esa Comunidad, partiendo de un pasado, contener un futuro común? Es decir, ¿comporta, o puede comportar, esa Comunidad una acción, una tarea, un destino, una causa común en el mundo —presente y futuro—, o lo que es lo mismo: una Patria Grande? ¿Contiene, o tiene potencialidad para contener, un proyecto universal diferenciado de los otros proyectos en presencia? ¿O, por el contrario, no tiene otro significado que el de parte —y parte menor— de otro gran proyecto universal hoy dominante? ¿Debe limitarse o no a ser parte secundaria de ese otro gran proyecto —la modernidad occidental euro-norteamericana—, más que proyecto realidad imperante? ¿Tendría que reducirse a los límites de la nostalgia, a la pura rememoración de lo que fue y a la exaltación de la herencia de sus dos lenguas ibéricas, a ser un Instituto Cervantes más amplio?

La Comunidad Iberoamericana está hoy, política y económicamente, en cierta medida y por determinados países, integrada en otras comunidades o uniones: España y Portugal en la Unión Europea, México en la Zona norteamericana de Libre Comercio, y Puerto Rico en los propios Estados Unidos.

Surge aquí el segundo interrogante: ¿Puede esa Comunidad Iberoamericana mantenerse y afianzarse como tal Comunidad con acción universal propia, no limitada a las conmemoraciones nostálgicas, a pesar de su dispersión económica y política actual, o ha de desaparecer conservando solamente la unidad en el recuerdo del pasado, cultivando el tesoro común de sus dos lenguas hermanas?

La respuesta al primer interrogante es lo que nos puede dar con claridad la forma de encarar la respuesta al segundo.

Si hay causa común, habrá necesidad de Comunidad actuante.

## **LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA TIENE SENTIDO.**

*¿Hay una causa que defender?*

No cabe abordar esta cuestión sin colocarse descarnadamente ante el estadio actual —para muchos, final— de un curso de la historia de Occidente signado por el triunfo de una determinada visión de la vida humana, frente a otra visión derrotada en principio.

Aunque no nos planteemos un debate de ortodoxias religiosas, no puede desconocerse que late en el fondo de la pugna una cuestión teológica. La tesis de la justificación luterana (las obras no importan para la salvación, sólo la fe) y la tesis de la doble predestinación de los calvinistas (hay predestinados a la salvación y estos son los triunfadores aquí, y hay predestinados a la condenación que son aquí los perdedores) aportan un planteamiento protestante que conduce a la exaltación individualista, con toda su ingente capacidad de progreso y de injusticia. La tesis del libre albedrío (la fe sin obras no basta, no hay predestinados) aporta un planteamiento católico, con sus ineficacias —no insalvables— pero abierto siempre a la Utopía. No se trata solamente de dos credos religiosos: se trata de dos talentos vitales, en los que cabe la fe o la manifestada increencia, pero que conducen de un lado al hombre para sí mismo, y sólo para sí mismo, y de otro al hombre con una necesaria dimensión comunitaria. El pragmatismo acomodaticio es protestante —creyente o increyente—. La Utopía esperanzada es católica —creyente o no—.

El triunfo histórico de la visión protestante-anglosajona sobre la visión católico-hispana, logrado en los tres últimos siglos, ha proporcionado a la primera un espléndido éxito material en sus zonas centrales y un descalabro creciente en las zonas periféricas. La degradación moral interna en la abrumadora riqueza se hace simultánea con la catástrofe material a la que se lanzado a la humanidad externa. El experimento ha llegado a su final, a su reducción al absurdo.

De ninguna manera el modelo triunfante es, pues, aceptable por los supuestos predestinados a la condenación en el interior o en el exterior, por los que, dentro o fuera, *sobran*, están de más, no tienen sitio en el sistema.

El hispano-nicaragüense Xavier Gorostiaga, al levantar una acabada acta de la situación presente, expone algunos de los procesos que ejemplifican esta circunstancia «que más que una crisis de un modelo de crecimiento, no es sólo del modelo de crecimiento sino de una profunda crisis de civilización». (El sistema mundial, SIC, Caracas, agosto 1996):

«La civilización de la copa de champagne refleja el antagonismo y asimetría en la distribución del ingreso, entre el 20% más alto de la humanidad que controla el 83% de los ingresos del mundo, y el 20% más abajo que sobrevive sólo con el 1,4% de los ingresos». «Esta injusticia... tiende a crecer. El informe de Naciones Unidas, Desarrollo Humano 1994, indica que la brecha en la distribución de la riqueza

pasó de un aumento en el ingreso del 20% más rico en 30 veces más que el ingreso del 20% más pobre en 1960, a 61 veces más en 1963». «La concentración del conocimiento es aún mayor. La disparidad de la inversión en Investigación y Desarrollo refleja la tendencia a una concentración del poder económico, tecnológico, político y militar en las naciones del Norte, en un período en que la intensidad del conocimiento es la llave de la acumulación de la riqueza». (Gasto público por habitante en investigación y desarrollo en 1990: mundo desarrollado 355 dólares; mundo subdesarrollado 4,5 dólares. América Latina pasó de 10 dólares en 1980 a 6 en 1990).

«El crecimiento acelerado de super-millonarios o «millardarios», que poseen más de mil millones (=1 millardo) de dólares, es otro fenómeno de este cambio de época». (358 personas tienen el ingreso equivalente al del 45% de la población mundial, de 2400 millones de pobres del mundo).

«Según el informe de Interpol de mayo de 1994, los montos provenientes del tráfico de drogas son del orden de 400 mil millones de dólares anuales, de los cuales 100 mil millones de dólares son lavados por los bancos transnacionales».

«La crisis del medio ambiente de nuestra época está siendo producida tanto por el excesivo consumo de un pequeño número de países y pueblos del Norte, como por el empobrecimiento creciente de los países del Sur, que amenaza la fauna, flora y vida de los océanos».

«Crecimiento sin empleo... la perspectiva a nivel mundial es la de un crecimiento sin empleo donde el PIB y la fuerza de trabajo crecen más rápidamente que la generación de nuevo empleo... Los actuales empleos se reducen, mientras los gerentes (CEO'S) que buscan cómo disminuir esta fuerza de trabajo, incrementan el promedio de sus salarios de 1.2 millones de dólares anuales en 1992 a cerca de 2 millones en 1993».

«La pobreza en el Norte. La asimetría, marginación y exclusión creciente de buena parte de la población es un fenómeno mundial en aumento. El Norte y el Sur hoy no son conceptos geográficos sino más bien conceptos socio-económicos, políticos y sobre todo éticos. En el Sur tenemos un Norte que participa del 20% más rico de la civilización de la copa de champagne, pero también en el Norte los inmigrantes, indígenas y trabajadores marginados por el desempleo o por

el llamado «empleo virtual» (trabajo temporal, sin afiliación sindical, ni beneficios sociales) tienen condiciones cada vez más semejantes a la población del Sur».

«La actual civilización es antagónica: confronta al Norte contra el Sur, el capital contra el trabajo, el hombre contra la mujer, el blanco contra el de color, el crecimiento contra la naturaleza, la homogeneización contra la diversidad, la presente generación contra la futura, la cantidad a la calidad de vida, el consumo contra la felicidad, etc. Esta es una civilización estructuralmente violenta que genera exclusión, desesperanza, temor, inseguridad tanto en el Norte como en el Sur».

«La geocultura dominante, que pretende la homogeneización de la cultura desde arriba, desde los «mundial dreams and mundial images», de una cultura enlatada en el cable de TV, películas y música mundial, Michael Jackson (¿hombre-mujer?, ¿blanco-negro?, ¿joven-maduro?) es un ejemplo de la cultura de imágenes mundiales que impone el mercado total, como las hamburguesas Big-Mack (el mismo gusto, tamaño, precio para todo el mundo y en todo el mundo), los zapatos de tenis Nike, los vídeos, discos, etc.».

A esto hemos llegado. A lo que para algunos, dominantes, es el fin paradigmático de la Historia, sin alternativa, sin Utopías de futuros distintos por los que luchar.

La percepción del modelo nos hace evidente que no es imitable por todos, ni siquiera por un alto porcentaje de los que hoy no lo han alcanzado. Pero sus teóricos nos golpean el cerebro con la idea dogmatizada de que no hay otro, de que éste es inevitable: o capitalismo salvaje o muerte.

El despliegue de la alternativa triunfadora nos ha traído a esta sociedad que en un ángulo reducido acumula poderío y riqueza —pero llevando en su seno cargas crecientes de desasosiego— y en el resto acumula debilidad y pobreza —aunque con sectores reducidos de poderosos y gozadores—. Un despliegue tecnológico que se ha convertido en los últimos tiempos en deslumbradora continuidad de progresos, y una mayoría humana en retroceso, lanzada a su desaparición por el sumidero de la historia. Clases y pueblos, tal vez continentes, que no interesan, que *sobran*.

En ese despliegue queda marginada, preterida, otra posibilidad, escondida en el atraso de los pueblos indo-hispanos. (Aunque no haya que buscar la única causa de su situación en la enemistad de los otros. Sin duda, en su mayor parte, en los errores y torpezas propias está la razón de su frustración histórica).

Pero esa otra personalidad no fue, con todo, aniquilada: siguió, simplemente, viviendo, germinando, guardando en una inmensa medida su propio significado. Y ahora, cuando los victoriosos alcanzan el último fruto de lo que tan ufanamente proyectaron en la incoherencia del mundo presente, resulta que los derrotados están ahí, viven, conservan su identidad en enorme medida. Pueden superar sus errores y ofrecer la coherencia humana de su propio sentido.

El debate se centra en si la potencialidad de este sentido —cuando ahora, precisamente en este tiempo, la línea contradictoria ha llegado al absurdo— ha de plegarse a este absurdo o ha de avanzar y ofrecerse en su propio camino. (Parece increíble, pero el mayor despliegue de fuerzas se inclina entre nosotros por la primera vía, considerando la contraria puro *arcaísmo* retórico. Enredados entre los hilos de la eficiencia modernizadora del proyecto anglosajón, de la negación de toda posibilidad en otra línea, los más amplios sectores de nuestras minorías conductoras, entran en el debate desde una neta autodenigración. Y, curiosamente, hasta buena parte de la minoría con sentido social —lo que se ha venido denominando *izquierda*— se hace servidora de la concepción más individualista, con tal de que no se la considere *reaccionaria*).

Frente a tanta negación, cabe afirmar que, además de la unidad histórico-cultural e idiomática asentada en el pasado, existe en la Comunidad Iberoamericana —o Indo-hispana— una unidad asentada en el futuro, del que el pasado fue tal vez sólo una etapa germinal. Existe en cuanto ofrece un proyecto de validez universal basado en la idea de la síntesis, del mestizaje. Ante la parcialidad de las otras unidades (blancas, amarillas, negras... occidentales y orientales... individualistas y estatistas...), la nuestra está abocada desde sus raíces a una apuesta por la integración, tanto de razas, como de culturas, como de sistemas, en una síntesis más humana que apueste por la resolución de las tensiones mundiales del presente. En definitiva, basada en la idea —teológica y terrenal— de que las obras y no sólo la fe (la fe con obras, para los cristianos) nos salvan, en la idea de que no hay predestinados, sino que cada cual —individuo, grupo o pueblo— es hijo de sus obras, en la idea de que esas obras se han de medir, en última instancia, por lo que hacemos con el hermano —individuo, grupo o pueblo—.

La Comunidad Iberoamericana tiene razón de ser porque tiene *causa* común. Si no la tuviera, no tendría mas que el sentido de unas nostalgias compartidas. Pero existe la *causa* común y por ello existe la Patria Grande.

No una patria para avasallar, para justificar cualquier agresión, cualquier sinrazón, sino para ofrecerse. Con la que se está con razón y se deja de estar sin ella.

### *LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA ES POSIBLE.*

Con esta convicción ¿cómo podemos resolver en comunidad el problema que nos plantea nuestra dispersión presente, cómo constituir desde esa dispersión la Patria Grande?

En efecto: sumergidos —al menos en parte, al menos algunos países— en otras uniones supra nacionales, económica y políticamente, caben tres alternativas:

- En primer lugar: nuestra disolución plena en las otras unidades, renunciando a nuestra propia Patria Grande, asumiendo íntegramente cada país de la teórica Comunidad Iberoamericana el quehacer mundial de las otras unidades en que nos integramos, conservando, todo lo más, la retórica del pasado, incluso unas Cumbres para el desahogo de esa retórica. Un minimalismo de renuncia definitiva.
- En segundo lugar, y en contraposición radical con la alternativa anterior: el abandono urgente de nuestras inserciones en otras unidades, para constituir la nuestra en que Patria Grande común equivalga a unidad política y económica. Un maximalismo radical.
- Y en tercer lugar, fuera de esas dos alternativas extremas: la afirmación nítida de la Patria Grande común a pesar de la pertenencia de algunos de nosotros a unidades extraiberoamericanas, políticas y económicas. Es decir: unir a la presencia activa en esas unidades la constante acción de la propia nuestra, ofreciendo nuestro proyecto común, tendente, precisamente, a la difusión de nuestro ideal clave, de nuestra causa en el mundo: el principio del *mestizaje* —tanto étnico como cultural y de sistemas—. No sólo afirmar en nosotros ese proyecto de validez universal. Más aún: llevar al seno de las otras unidades una pacífica rebeldía contra los planteamientos que han promovido la catástrofe actual.

Si el grado de nuestras conexiones actuales con las otras uniones (Europa y América del Norte) hace, por ahora, prácticamente imposible el abandono de esta realidad —que, en mayor o en menor medida, ciertamente nos enfeuda, condiciona y deforma—, pero creemos en la idea de una causa propia, un proyecto defendible y adaptable a todos, se hace nece-

sario, salvando todas las dificultades presentes, todos esos enfeudamientos, condicionantes y deformaciones, mantener en la dispersión la unidad de la gran tarea singular, mantener la cohesión interna de la causa común, pese a la desconexión política y económica real.

¿Es ello posible? Es ello posible. La experiencia de un siglo de vida de Puerto Rico lo demuestra. Pese a todas las presiones deformadoras, Borinquen sigue siendo un pueblo iberoamericano.

## ¿QUE CAUSA?

Nuestra vía, la que contiene la Comunidad Iberoamericana, es la misma que la de todos los que en las distintas latitudes levantaron ideales de Utopía liberadora del individualismo, afirmando al individuo pero concibiéndolo como hecho para la solidaridad.

Lo que se presenta ante nosotros, en última instancia, es la necesidad de resolver el dilema entre una modernización occidental neta, como la existente en la parte más rica del mundo actual, y otra modernidad indo-hispana, fruto de la mestización, en los diversos niveles, que integre los factores positivos de aquella modernidad occidental con los factores propios que eludan sus defectos.

La modernidad occidental, que se nos ofrece como ejemplo, encierra en sí factores negativos que la ponen en discusión ante la conciencia humana. Muy esquemáticamente:

Establece, en primer lugar, una creciente insolidaridad en su interior que comporta un enfrentamiento de clases, no ya principalmente entre propietarios y proletarios, sino entre quienes tienen un puesto de trabajo y quienes no lo tienen. La perspectiva para amplios sectores, especialmente jóvenes, de un futuro sin trabajo, de una trayectoria vital en la que nada se aportará al conjunto y se vivirá, todo lo más, de la caridad de éste, representa un panorama desalentador, ante el que sólo se levantan políticas antinatalistas (no más hijos, aliento a las uniones infecundas, etc.) porque, sencillamente, para el sistema *sobran* muchos hombres.

Establece, en segundo lugar, una creciente insolidaridad ante el mundo exterior al de las naciones ricas, que lanza a su destrucción a las pobres, para que desaparezcan enteras por el sumidero de la historia, porque, sencillamente, para el sistema *sobran* muchos pueblos.



Y establece, en tercer lugar, una creciente insolidaridad con las poblaciones futuras, al esquilmar sin freno las reservas naturales, expropiando con ello a las generaciones que nos sigan, que se encontrarán sin los recursos que hoy derrochamos.

La comunidad indo-hispana atesora en su interior valores que pueden ofrecerse como antídotos de estas insolidaridades, no para salvaguardarse ella misma, sino para ofrecerse como posibilidad síntesis para todos, adaptable a los modos propios de cada pueblo.

A condición de que no nos situemos en el mundo presente, cada pueblo iberoamericano, en su rincón de una unión extracomunitaria, como apresurado imitador de los que hoy establecen las pautas de modernización, ansiosos de alcanzar en el menor tiempo posible cotas de bienestar cada día más altas. A condición de que realicemos la propia estrategia para una convivencia *austera* pero humanamente digna para todos.

Ante el desenlace presente de una determinada modernización, aparentemente exitosa pero íntimamente fracasada como hogar de todos los hombres, ¿qué podemos y debemos mostrar y ofrecer que no sea, como tanto se ha intentado, una pobre reproducción del modelo occidental moderno, un acatamiento ante su imposición del «modelo único» e incluso del «pensamiento único»?

En resumen:

Puede la Comunidad Iberoamericana, en primer lugar, luchar por la solidaridad interna, con una democracia de la más amplia participación: completando la democracia política, que se asume plenamente como forma superior de convivencia, con la creciente participación de los elementos y valores indígenas (y negro-africanos), necesarios para la superación de la parcialidad blanca de la civilización imperante. Completando, asimismo, esa democracia irrenunciable (con su sistema de partidos y elecciones periódicas de legislativo y ejecutivo) con la apertura de otras vías de representación locales, regionales, profesionales, etc., bajo el principio de pluralidad de vías de representación: acceso directo a las instancias de poder de los movimientos sociales de base. Condicionando las necesarias leyes del mercado con la intervención pública o social que impida las deformaciones o injusticias del mercado sin frenos.

En segundo lugar, luchando por la solidaridad internacional, por la disminución de las desigualdades entre países, edificando una solidaridad —de justicia, y no de beneficencia— con los pueblos peor situados que los

nuestros, ofreciendo un modelo de desarrollo en la solidaridad y en la austeridad, frente a la actual emulación por un bienestar indetenido.

Y en tercer lugar, luchando por la solidaridad con las poblaciones futuras, sosteniendo la armonía con la Naturaleza e impidiendo su degradación, según la fuerte tradición de nuestras poblaciones indígenas.

El citado hispano-nicaragüense Gorostiaga, tras el análisis de los desajustes de la modernidad alcanzada, apunta la realidad mundial de unas propuestas básicas de una nueva geo-cultura de desarrollo emergente. Emergente en todas las latitudes, pero que tiene desde Iberoamérica la sensibilidad precisa para asumirla como propia.

Señala Gorostiaga:

«La superación de la cultura de la civilización antagónica basada en la cultura de la confrontación y la lucha. Se necesita una geo-cultura de la armonía y de la tolerancia que integre la diversidad de un mundo y de una ciudadanía mundial». «El predominio de la geo-cultura sobre la geo-política y la geo-economía... Frente a la homogeneización mundial desde arriba y para los de arriba, se busca la diversidad cultural indígena...»

«La democratización del mercado y del Estado transformándole en un instrumento de participación...»

«Reafirmar la capacidad y potencialidad de los medianos y pequeños productores, de las organizaciones locales y municipales como actores prioritarios del desarrollo...»

«La democratización del conocimiento». «La civilización geo-cultural alternativa ha comenzado a emerger, enraizada en el trabajo, la naturaleza, el género y la identidad cultural. Un nuevo consenso mundial y una ética ciudadana planetaria brota local y mundialmente basada en una relación de búsqueda de la equidad y de la participación, integradora de las diversidades culturales y las diferentes raíces históricas, para lograr la armonía entre los seres humanos y la naturaleza, entre los procesos económicos y los sociales con base en una democracia genuinamente participativa».

«Este nuevo consenso emergente... es en realidad un desafío mayor para el «capitalismo salvaje» que lo que fue el colapsado socialismo de Estado».

Gorostiaga no pretende levantar una nueva Utopía Única y mundializable. Sostiene la necesidad de una integración de múltiples Utopías sociales.

Busca una rica y plural *civilización de la simplicidad*.

Es un empuje mundial, en rebelión contra el «fin de la Historia» sin futuros distintos, lo que se levanta. Perceptible a poco que se aguce el oído para escuchar lo que no son los dogmas oficiales. Mundial, sí. Pero es desde Iberoamérica desde donde se asume, porque es en la América indo-hispana en donde resuena más a cosa propia, en donde se percibe más intensamente como una vieja canción familiar. El propio Gorostiaga señalaba en 1991. (Nuevas formas de colonización en América Latina, en V Centenario: memoria y liberación, Madrid, Centro Evangelio y Liberación, 1991, pág. 99):

«La crisis de la civilización no es un concepto sino una realidad que necesita de nuevo una síntesis histórica».

«Puede aparecer como romántico por nuestra parte el considerar que 1992, a 500 años del inicio de la Historia universal, que América Latina como continente mestizo de síntesis sociales, culturales e históricas, pudiera ofrecer la oportunidad de iniciar este proceso. Entre la esperanza y el desastre: así puede calificarse la dialéctica de sentimientos encontrados que nos envuelve en esta coyuntura».

## **LA REBELIÓN IBEROAMERICANA.**

El mundo indo-hispano, la Comunidad Iberoamericana, o es un desafío a la modernidad presente con otro proyecto humano de modernidad, o no es nada. O representa una no conformidad activa, una rebelión frente al presente, o no es nada. Carecería de sentido si sólo fuera un sistema para alcanzar unidos la homologación con los triunfantes de hoy.

Una rebelión, pacífica en su forma, pero belicosa en su fondo.

Tampoco puede ser una negación del occidente, porque lo más singular de este occidente está dentro de ella. Sólo niega de él lo que ha promovido una determinada vía occidental hacia la modernidad. La Comunidad Iberoamericana se negaría a sí misma si apareciera como negadora del Occidente, si no apareciera como integradora de Occidente en una síntesis más universal.

La comunidad occidental, euro-norteamericana, hoy sojuzgadora, única e indiscutida, ha de ser convertida, puesta ante el espejo para que descubra, junto a sus ángulos hermosos, sus ángulos siniestros. Ha de ser minada por una creciente consciencia de que no es, en su forma vigente, univer-

salmente imitable, de que es *parcial, despilfarradora, complicada e intrínsecamente tensa*.

La comunidad indo-hispana, si no se desnaturaliza, puede adelantarse en esa tarea, aportando un tipo de sociedad integradora: *austera, sencilla, amable e imitable*.

Tal vez ha llegado el momento de proclamar que la sociedad occidental ha de ser regenerada por el diálogo con el mundo indo-hispano. Poéticamente lo señala Antonio Benítez Rojo. (*Viejo y Nuevo mundo: Monólogo ayer. Diálogo hoy*. Citado por el profesor de Berlín Volker Lürk en *Isla, enclave y utopía*, Actas latinoamericanas de Varsovia, 1990):

«La cultura occidental contemporánea deja de lado demasiado a menudo el sentimiento, la pasión, el saber intuitivo, el amor como elemento esencial al definir el ser y el principio del Eros como elemento constitutivo de la naturaleza de las cosas. No es que el Occidente nunca haya podido llamar estos valores humanistas algo suyo propio, sólo se ha olvidado de ellos en su carrera apresurada. La cultura latinoamericana, sin embargo, que al fin y al cabo es una cultura joven, protegida por el manto de vírgenes ladinas y mulatas, exalta estos valores; en sus proyecciones —por suerte— la vida todavía es un milagro, un obsequio de Dios al hombre, para que éste cumpla su historia y se libere por el amor al prójimo».

«En este siglo, la palabra latinoamericana ha empezado a sonar. Si el Occidente escucha y quiere escuchar, la humanidad entera tendrá su provecho. Pues en el marco de este diálogo trascendental, que ahora empezó, el Occidente representa al mundo y América Latina al hombre, y para que se cumpla el destino cósmico de la humanidad el hombre tiene que estar para el mundo y el mundo para el hombre».

No es fuera de tiempo decirlo ahora, cuando vamos a alcanzar la fecha de 1998. A los cien años de que, finalizada la forma antigua de Comunidad, ingresamos en la germinación de la nueva forma: la que surge entre iguales.

## **TEXTO I (1993): AL TERMINO DE LA AVENTURA OCCIDENTAL.**

Ya no podemos seguir preguntándonos: ¿Adónde vamos a llegar? Ya hemos llegado.

Es decir, el curso de la aventura occidental ha entrado ya en su punto final, en su conclusión última. Algo que encierra, con un deslumbrante desarrollo material una paralela y sombría degradación moral.

Bien: Ya hemos llegado. Y ¿adónde hemos llegado? ¿A qué hemos llegado?

En una esquina, la rica y poderosa de la humanidad, se ha llegado a niveles de vida espectacularmente elevados, a un consumo deslumbrante de bienes y servicios. Ciertamente; pero junto a ello, en el interior mismo de esta esquina poderosa y rica, se ha llegado al drama de los niveles crecientes de desempleo, a que el paro masivo sea un hecho estructural y no coyuntural. Es decir: a que sobre gran parte de la población; a que, en definitiva, se trate de conseguir progresivamente que la población se reduzca en forma drástica. Mientras menos, mejor. Y, por otra parte, fuera de esa esquina pujante, al resto mayoritario y pobre de la humanidad se le considera como una rémora para la estabilidad del sistema, como un conjunto de poblaciones que en realidad estorban, están de más, sobran, y, por lo tanto, han de ser —y de hecho son— arrojados a los sumideros de la historia.

Como en el cuento de El conde Lucanor —en El rey orgulloso— la opción occidental triunfante puso como primer escalón de su aventura la corrección del bíblico himno «El Señor humilló a los poderosos y ensalzó a los humildes», sustituyéndolo por «El Señor ensalzó a los poderosos y humilló a los humildes». Desde ese primer peldaño, escalón a escalón, el occidente victorioso alcanza ahora una etapa final. La ley suprema del beneficio personal —tan eficaz, evidentemente, para el progreso material— ha conducido a un punto en donde los problemas económico-sociales sólo pueden resolverse dentro del sistema partiendo de la aceptación de que gran parte de la humanidad sobra: condenar a la mayoría para salvar a la minoría.

Naturalmente, no es así como se expone públicamente la cuestión. Pero es así como late en el fondo de las definiciones prácticas de la esquina rica del mundo. (Por más que en esa misma esquina, como no podía ser menos, reservas sólidas de sentido humano presenten un clamor constante de rebeldía).

Ya hemos llegado. Parece que éste es el final de la aventura occidental emprendida hace siglos. El individuo *para sí y sólo para sí* condujo a la disolución moral de la sociedad, quemando a su paso la solidaridad de los

hijos de Dios —un Dios común—, de una Patria común, de una Humanidad común, e, incluso, de una Clase común.

Sin duda en donde más se hace evidente este final, esta reducción al absurdo de la ruta emprendida desde la idea de la «predestinación», del éxito personal como señal de virtud y de salvación —desde el cambio requerido por el «rey orgulloso»—, es en la simple contemplación del ingenio más decisivo de nuestro tiempo, puesto en manos de las leyes del mercado: la televisión. El grado de degradación moral, de pérdida de sentido ético, de exaltación de la fuerza y el goce, de abandono del más mínimo respeto a las formas de convivencia, se pone en evidencia al encender cualquier tarde o noche un aparato de televisión. Oleadas de zafiedad, de exaltación de los instintos más primarios, de burla de cualquier criterio moral, o de cualquier ideología o creencia exigentes, nos inundan. Algo que no se da en esta «civilización» de hoy en lugares semiocultos o reservados, sino que se coloca en la sala de estar de todos los hogares para que forme la base «educativa» de todos, empezando por los niños. (No es extraño que el espectáculo que Occidente ofrece al resto del mundo, si tienta por sus niveles de consumo a muchos, a muchos otros que aún conservan reservas morales vigorosas repugne y lleve a fórmulas de integrista —aberrante, pero no falta de motivación— como en el resurgir de los fundamentalismos islámicos).

## **TEXTO II (1995): UN DARWINISMO SOCIAL.**

Asistimos al despliegue, descarado en los hechos, encubierto en las palabras, de un arrasador darwinismo social de los pueblos ricos.

Si, como saben los biólogos evolucionistas, las especies evolucionaron a través de la selección natural, al alcanzarse el nivel humano —el «homo sapiens sapiens»— (algo que los creyentes pueden definir como el punto de llegada previsto, al que estaba encaminada la evolución, el que justificaba en definitiva todo el proceso, y el increyente puede pensar que es el resultado del simple azar), se produce un cambio cualitativo esencial: el hombre, por sí mismo, pudo poner fin a este proceso de selección a través de la sobrevivencia del más fuerte, del mejor dotado, afirmando una solidaridad con el otro ser humano más débil. El hombre podía establecer después de tantos millones de años de ley de la selva, la ley de la fraternidad. Podía establecer, frente a la competencia, la solidaridad.

Pues bien: esa hazaña de la solidaridad humana está siendo negada hoy más que nunca —en los hechos e, incluso, más allá, en la teorización— por el darwinismo social que ejercen:

— Los sectores ricos en el interior de las naciones ricas, sobre los sectores pobres de las mismas.

— Las naciones ricas sobre las naciones pobres.

A lo largo de millones de años, de miles de siglos, los seres vivos más fuertes y resistentes dijeron con su mudo lenguaje a los seres más débiles: *sobráis*.

Y ese es el mensaje, más mudo aún porque está encubierto por la hipocresía, de la sociedad rica y del mundo rico a la sociedad pobre y al mundo pobre: *sobráis*.

El capital, que se mueve, tanto más cuanto más concentrado se presente y tanto más cuanto menos es corregido por parte de los poderes públicos y sociales, con el único criterio del beneficio, establece el principio motor de la competitividad —o se es competitivo o se desaparece— en el comercio global. Y esa competitividad como único criterio —sin frenos legales— lleva inexorablemente a la expulsión masiva de trabajadores de sus empleos: *sobran*. Caritativamente, se les puede subsidiar mientras vivan. Pero, decididamente, la generación próxima, en su mayor parte, *sobra*.

Esta dramática realidad en el orden interno de los países ricos se multiplica hasta el «holocausto masivo» con los países pobres.

El espectáculo de muchas zonas de Iberoamérica y de Asia va entrando en los límites del desastre definitivo, pero el África negra ya está dentro de ese desastre. África *sobra*. (El resultado de una colonización europea sobre los supuestos individualistas ha dado por consecuencia un África negra independiente que camina hacia su aniquilación ante la mayoritaria indiferencia del Norte. En el África negra se ha llegado a una *solución final*, tal vez no estudiada, pero sí previsible y aceptable por el Norte rico. El África negra es un auténtico «campo de exterminio» porque el África negra *sobra*, no puede entrar en el esquema, no es útil para el mundo competitivo).

### **TEXTO III (1995): UNA CONCENTRACIÓN DEL PODER.**

El triunfo teórico universal de la democracia como sistema de organización política de los pueblos es un hecho eminentemente positivo.

Sin embargo, este formidable avance está siendo deformado en los últimos tiempos —o desde siempre, pero sumamente agravado en los últimos años— por maneras y formas erradas, por graves deformaciones que adulteran y desfiguran la bondad del sistema democrático de gobierno. Y lo dramático del plano que hemos alcanzado, del nivel de errores y deformaciones, es que pueden llevar a una invalidación grave de las virtudes de la propia democracia. O que pueden presentarse de tal forma que masas amplias de ciudadanos sean movidos por «mesianismos» supuestamente superadores que conduzcan a nuevas edades de penumbra totalitaria.

¿Qué hemos hecho, qué estamos haciendo de nuestras democracias, viejas o recién instaladas o reinstaladas? Las censuras son cada día más afiladas, y con frecuencia más justificadas. Y, a veces también, más desesperanzadas, lo que resulta agudamente preocupante.

- Primero, las agrupaciones político-partidarias —los partidos— se han constituido en órganos cerrados, controlados por núcleos permanentes que se distancian progresivamente de las preocupaciones populares y se centran cada vez más en la atención a la conservación o conquista del poder, controlando eficazmente los sistemas electorales internos para mantenerse en los núcleos directivos partidarios, y externos para perpetuar o lograr su dominio político global.
- Segundo, los partidos desbordan progresivamente su ámbito específico —el de la opción política general para la determinación del Legislativo y del Ejecutivo— para devorar parcelas cada día más amplias de la vida social que no le son propias: la vida municipal, la vida sindical, la vida académica, etc., son controladas por los partidos. Las asociaciones de jóvenes, son asociaciones de los jóvenes de un partido. Las asociaciones vecinales, igualmente. E igualmente las asociaciones femeninas, sindicales, culturales, de estudiantes, etc., tienden a ser expresiones sectoriales de los partidos. Difícil es encontrar asociaciones sociales extrapartidarias. Normalmente están controladas por los partidos. No hay vías de comunicación directa. No se alientan asociaciones independientes, integradas por personas de todas las corrientes políticas para defender intereses u opiniones que no son de partido. Los partidos aplastan así la riqueza y pluralidad de la vida social, haciendo de la construcción de un puente, del ajardinado de una calle, de la elección de un rector universitario, de la reivindicación de un convenio colectivo... una cuestión de partido, que separa a los que, en principio, tienen un interés común.



- Tercero, a cambio del control progresivo de la vida social por las minorías dominantes en los partidos, el sistema concede cada vez más libertades individuales para la conducta insolidaria, para la degradación moral, relativiza cada vez más los principios básicos necesarios para la solidez de una sociedad, contribuye a la insolidaridad generalizada y al individualismo descarnado, da cada día mayores garantías al que vive para sí mismo, incluso cuando éste llega a la delincuencia. De tal modo que el ciudadano normal se siente cada día más desprotegido, con menos libertades reales y concretas en su vida diaria. Desciende la «seguridad ciudadana», que es la libertad de los más y durante más días.
- Cuarto, cubriendo todo ello, el triunfo paralelo del dogma de la libertad de mercado sin ninguna restricción por el bien colectivo —o la creciente disminución de estas restricciones—, produce, frente a la teórica difusión o socialización del poder político, que es la democracia, una creciente y agobiadora concentración y dessocialización del poder económico, que invalida la democracia política al determinar, con carácter cada día más pleno, las decisiones políticas sometiénolas a sus intereses, y no a los de la colectividad. (En la misma medida en que el Estado se retrae en sus papeles de dirección económica, dando entrada más y más a la libertad de mercado, se produce —asombrosamente— no una mayor libertad económica, sino una mayor planificación global, una más controlada y pormenorizada regulación, pero esta vez al servicio de las grandes corporaciones transnacionales. Son los Estados los que podrían —curiosamente— invocar el principio de «subsidiaridad», como entidades más reducidas que las transnacionales).
- Quinto, el carácter cada día más universal, más transnacional, de estos poderes económicos y su creciente fuerza como factor determinante en las decisiones políticas, lleva como consecuencia ineludible a una desnacionalización de las mismas. Es decir: a un alejamiento de los modos, valores y sentires de cada colectividad humana, a un distanciamiento de cada conciencia popular. Y no hacia una universalización o internacionalización progresiva de los intereses de cada pueblo, en armonía creciente con los otros, sino sólo al servicio de intereses cada vez más concentrados.
- Sexto, nos acercamos, insensiblemente, a una marea arrolladora de concentración de poderes en el mundo, a una nueva especie —más sofisticada— de totalitarismo manejado por las grandes corporaciones

transnacionales, encubiertas con fórmulas democráticas cada vez más vacías: se mantiene el voto ciudadano para ámbitos de decisiones cada día menos verdaderamente importantes: lo nuclear de la marcha de los distintos países viene resuelto desde arriba, más allá de los votos.

#### **TEXTO IV (1993): UN MODELO ALTERNATIVO DE CONVIVENCIA.**

¿Cabe en el terreno de la organización social interna —política, social y económica—, y a pesar de la tendencia a la uniformación —especialmente en el caso europeo—, una plasmación del sentido mestizo de nuestra cultura? Es decir: los países de la Comunidad Iberoamericana ¿deben proponerse un sistema de organización político-social-económica tomado de los ejemplos exteriores a la misma, en especial del imperante democrático-liberal-capitalista, o, por el contrario, deben proponerse —y proponer— un modelo propio diferenciado, también de naturaleza mestiza?

A esta pregunta central hay que acercarse profundizando en otras interrogantes latentes:

- El carácter mestizo —de síntesis— cultural y étnico básico de nuestra Comunidad Iberoamericana ¿predetermina o no una respuesta político-social-económica, en cuanto sistema de organización, igualmente síntesis —mestiza— de libertad y solidaridad, de libertad de mercado y tarea niveladora de los poderes públicos?
- El factor indígena de esa comunidad indo-hispana —cuya presencia activa debe ser potenciada para el logro de un resultante verdaderamente mestizo— ¿no obliga a la asimilación profunda de sus valores de solidaridad en el trabajo y de armonía con la Naturaleza, de los que el puro modelo occidental vigente se muestra carente?
- En el mismo sentido, las tradiciones comunitarias del factor hispano —ya en sí mismo mestizo— ¿no obligan igualmente a su redescubrimiento e incorporación? y, en la misma forma, ¿no obligan a la asimilación para enriquecer al conjunto los valores negro-africanos?
- Y, finalmente, el carácter integrador de la cultura iberoamericana ¿no obliga también, y más allá, a no reducirse a un descubrimiento de lo propio, a entender que su formulación no puede hacerse como una simple búsqueda de lo original, sino del enriquecimiento de esta singularidad con todo lo que los otros —las otras culturas— han aportado de positivo e integrable en la ordenación de la sociedad humana? ¿No

sería contradictorio con el carácter de nuestra cultura rechazar de las otras no sólo lo excluyente, sino también, y por principio, lo integrable?

Por retórica que aparezca la frase, habría que interrogarse, siguiendo a Vasconcelos: la *raza cósmica* ¿no obliga también en el modo de organización social a una respuesta *cósmica*, o, digámoslo más modestamente, *universal*?

## **TEXTO V (1995): UNA VÍA INTEGRADORA.**

La integración, la síntesis, el mestizaje, la comprensión de que el ser humano no puede quedar separado de otro ser humano por el origen étnico o la definición cultural, lleva a conclusiones precisas en el terreno de la organización política y en el ámbito de la organización económico-social:

*En el terreno político* la tarea integradora obliga a plantear, ante el modelo de democracia partidocrática imperante en Occidente, una forma de democracia:

- Que parta de la afirmación de lo indiscutible de la misma, como forma política superior —una destilación sabia de tantos siglos de búsqueda para facilitar la convivencia en paz de los distintos—, forma de la que no se puede retroceder, y en la que es obligado: la separación de poderes; la elección del Legislativo y del Ejecutivo por el voto inorgánico de los ciudadanos, por períodos breves de tiempo; la pluralidad de opciones políticas —partidos— para esas elecciones; el respeto a las minorías y la salvaguarda de los derechos básicos de la persona humana.
- Pero que, al tiempo, corrija las incapacidades y las deformaciones actuales, manteniendo vías plurales de organización y representación, diferentes e independientes de los partidos políticos —en los terrenos municipal, laboral, profesional, cultural, académico, etc.—, fortaleciendo y potenciando las organizaciones independientes de base como cauces de representación que deben romper el monopolio de los partidos, y haciendo irrumpir en las estructuras sociales y políticas las aportaciones hoy infravaloradas de la población indígena y, en su caso, de la población de procedencia africana.

Es decir: la Comunidad Iberoamericana, en el terreno político, tiene que romper con la peligrosa tendencia —auspiciada por una asimilación mimética de modelos nórdicos en su peor expresión— de la deformación partidocrática que lleva a una realidad muy pobre en la comunicación pueblo-

Administración, por la usurpación por los partidos de todos los cauces de representación social. Cuando los partidos desbordan su propio y esencial cometido y devoran toda la sociedad —cultura, trabajo, enseñanza, juventud, movimiento femenino...— la sociedad se empobrece, y la propia democracia —que es pluralidad de opciones pero también pluralidad de cauces— se empobrece, profundiza la brecha entre una minoría que dispone y la gran mayoría disponible.

*En el terreno económico-social* la tarea integradora obliga a plantear -ante el modelo del capitalismo individualista de divinización de la economía de mercado, imperante en Occidente e impuesto progresivamente por Occidente al resto del mundo— una forma de estructuración social y económica:

- Que, partiendo de la libertad -e incluso de la libertad de mercado-, y negando, por ello, todo sistema de rígida dirección estatal,
- Corrija con decisión, a través de distintos mecanismos sociales, las extremas desigualdades e injusticias que un mercado en estado de «competencia perfecta», sin frenos, lleva consigo.

Es decir: una síntesis entre libertad y solidaridad, un sistema mestizo, para lo cual es esencial reincorporar a la totalidad —no sólo a unas «reservas» de indígenas enclaustrados— los valores del sentido comunal de los pueblos indígenas americanos y de la vieja tradición comunera española.

## **TEXTO VI (1996): UNA DEMOCRACIA UNIVERSAL Y NUESTRA.**

Existen ideas de validez universal y la democracia es una de ellas. La recuperación democrática es, por ello, un hecho eminentemente positivo. Sus principios básicos son irrenunciables. Pero los matices de su concreción deben responder —tanto en lo político como en lo económico-social— a la naturaleza de cada comunidad humana. ¿Cómo la libertad puede obligar a la homogeneidad? ¿Cómo la democracia en cada grupo humano puede imponer una sola ruta a todos los grupos humanos? ¿No es, acaso, contradictorio que la libertad pueda vetar la diferencia?

La raíz del desajuste está en que se han venido imponiendo a nuestros pueblos formas de democracia que olvidan su naturaleza, corsés que los asfixian, que olvidan su propia tradición —y su manifestación vigente— de participación comunal, para imponer en exclusiva esquemas individualistas.

Ninguno de los elementos esenciales de la democracia (soberanía popular, elecciones libres periódicas, respeto a las minorías, respeto a los derechos humanos...) puede ser negado. Los males que el autoritarismo, suprimiendo todos o algunos de estos elementos, trae son siempre más grandes que los que dice evitar. Pero cada democracia está obligada a servir a cada pueblo, dentro de su propia cultura, y a asumir los elementos que le son propios. Nunca a someterse a un modelo que otros —normalmente en su provecho— han decretado como de validez universal.

Si una fórmula lleva más al mantenimiento de los intereses externos que al de los populares internos, sin duda no es la fórmula adecuada. Sin duda da a la democracia que la sostiene aspectos decepcionantes y, por ello mismo, peligrosos. Si ahora, con el voto de todos, siguen sobreponiéndose los intereses que antes se imponían por la fuerza de unos pocos, sin duda algo hay que modificar para que la democracia sea esperanzadora.

De alguna forma hay que escapar de una fórmula que impone, por encima de las aspiraciones populares, los intereses de los grandes poderes económicos internacionales. De no ser así, de renunciar a buscar esa forma diferente, estaríamos llegando, como algunos, a considerar que la democracia —sobre todo en un pueblo subdesarrollado— ha perdido contenido.

### **TEXTO VII (1993): UNA PLURALIDAD DE CAUCES DE REPRESENTACIÓN.**

La libertad política exige pluralidad de opciones políticas, pluralidad de partidos; pero también exige pluralidad de cauces, de vías de participación varias, distintas a los partidos y no sometidas a los partidos. Un sólo cauce de representación (partido, corporación, municipio...) tergiversa y deforma la realidad social, porque la empobrece. Una sociedad rica, poblada de múltiples cuerpos intermedios, necesita una pluralidad rica de vías de representación.

La traducción literal de los modelos democráticos de otras comunidades históricas —volcadas en una parcialidad individualista—, forzando al partido como único cauce, desnaturaliza de hecho la autenticidad de la participación popular en terrenos muy diferentes a los ideológicos. La vida del municipio, sobre todo del pequeño, la del sindicato, la del centro académico, la del medio de información general, la de la justicia, la del deporte, e, incluso, la del mundo de las creencias religiosas, queda perturbada, deformada, adulterada, cuando quedan sometidas al reino de la partidocracia.

Cuando elegimos un partido, cuando votamos a un partido, elegimos y votamos a una opción programática general y a un Legislativo y Ejecutivo. Pero no votamos la forma de dirigir nuestro municipio, nuestro sindicato, nuestro club deportivo, el rector de nuestro centro de enseñanza... y, menos aún, el poder Judicial. Menos aún, nuestra Iglesia. Todas estas otras dimensiones de la vida humana, que no son la política, deben tener también sus cauces propios, libres de influjos político-partidarios.

Esto no significa que se trate de resucitar la vieja democracia orgánica, aquella que pretendía constituir el sistema político de la dictadura española, o ésta que algunos, sin darle este nombre, ofrecen como solución cubana. Evidentemente, no. Estos sistemas esconden, con adjetivos distintos —«orgánica» o «popular»— el hecho de que se escamotea al pueblo su soberanía. Esa soberanía que se ejerce con un voto libre a un partido entre varios partidos, para designar al Legislativo y al Ejecutivo. Esconden el hecho de que la soberanía ha sido secuestrada por un sólo partido, y, más allá, por un sólo líder que no responde ante nadie.

Eso está claro. Pero lo que resulta es que la democracia inorgánica ha de ser completada con representaciones y participaciones orgánicas, limpias, no mediatizadas ni controladas por los partidos. Si la democracia orgánica —solo orgánica— significa el secuestro por un líder o un partido de la soberanía política de un pueblo, la democracia inorgánica —sólo inorgánica— puede significar el secuestro de la soberanía municipal, sindical, cultural, judicial... de un pueblo por el conjunto de los partidos.

La vida iberoamericana de hoy, transitada por muchas desilusiones en el juego de los partidos —sobre todo de los partidos más tradicionales— está, al mismo tiempo, rebosante de organizaciones de base de todo tipo, ajenas a los partidos. Esos movimientos de base son lo más vivo, y tal vez lo más prometedor, con que contamos. Llegan muchas veces allí donde no llega la Administración, y menos las organizaciones partidarias. En algunos casos, el hecho ha llevado a proponer que se les de un puesto en la vida constitucional.

Ese añadido a la vida democrática iberoamericana, que recogería toda la potencia popular de estos movimientos, es lo que merece la pena promover. No como una marcha atrás, sino como un paso adelante en la construcción de una democracia con crecientes grados de participación.

## **TEXTO VIII (1993): UN SISTEMA ECONÓMICO-SOCIAL ALTERNATIVO.**

La Comunidad Iberoamericana —como en el terreno étnico, como en el terreno cultural—, también en el terreno económico-social se enfrenta con su responsabilidad mestiza. La tesis de Fukuyama del triunfo del proyecto liberal-capitalista sin más, con la derrota absoluta del proyecto socialista, frente a cualquier ambición de síntesis superadora de ambos, no puede ser asimilada por nuestra cultura mestiza: la continuidad de la historia que significamos retoma el ideal de la síntesis. El propio capitalismo progresivamente «humanizado» después de sus «salvajes» inicios, fue el fruto de las presiones del lado de la solidaridad que los diversos socialismos —mejores o peores— representaron.

No se oculta, finalmente, que en esa solución síntesis en lo económico-social que la Comunidad Iberoamericana apunta, además de las limitaciones a la libertad de mercado que el poder político debe imponer —en una tarea constante de redistribución solidaria— ese mismo poder político ha de facilitar la existencia de unidades de producción que respondan a modelos plurales: junto a las empresas capitalistas, en algún caso la empresa pública, pero sobre todo la empresa social o autogestionada. Esta última representa una larga tradición comunitaria —tanto indígena como hispana— y al tiempo un máximo grado de participación posible en la propiedad, la gestión y el reparto de beneficios. En la medida en que ese modelo de economía alternativa sea frecuente, la Comunidad ofrecerá una vía de síntesis, un modelo que escapa tanto del capitalismo individualista como del estatismo colectivista.

## **TEXTO IX (1995): APORTACIÓN DE VALORES INDÍGENAS.**

De otro lado, se presenta la necesidad, para una perfección democrática en la vida iberoamericana, de una impregnación creciente y enérgica de toda la sociedad con los valores de la población indígena, habitualmente tan marginada. (Y, en ciertos casos, también de los componentes negro-africanos).

La Comunidad Iberoamericana es una comunidad mestiza, y ese es su máximo valor de presente y de futuro. Pero nuestro signo mestizo no es algo ya dado: es algo en gran medida por hacer. (Por hacer, frente a fuertes tendencias hacia la parcialización «blanquista» y eurocéntrica). En la

organización de la sociedad lo indígena ha corrido la peor parte. Y no debe continuarse así.

No se trata, solamente, de la necesidad del respeto a las formas de vida propias, por lo que luchan los indigenistas. Se trata de algo que va más allá: la necesidad de incorporar, como características de nuestra Comunidad Iberoamericana en su conjunto, elementos de la cultura indígena de los que la civilización occidental carece —y necesita para salvarse—: la solidaridad humana, la armonía del hombre con la Naturaleza, por ejemplo. Son valores que nosotros tenemos dentro de nuestra Comunidad y a los que debemos asumir como notas propias. De no hacerlo así, de definirnos sólo por el ángulo o componente occidental, dejándolos sólo circunscritos a las zonas «respetadas» de «reservas indígenas», la Comunidad Iberoamericana —sólo parte de Occidente— perdería una de sus mayores riquezas. (Aparte de desconocer las propias raíces comunitarias tradicionales que aparecen en el mismo factor hispano que llega a América).

Nuestra Comunidad, o logra ser plenamente, manifestarse plenamente como mestiza, como síntesis, y se salva, aportando salvación a los otros, o se reduce más y más a ser sólo una parte marginal del Occidente, dejándose arrastrar a su declive.

No es un detalle generoso y humanitarista la consideración del indio, el «aindianamiento» de nuestra cultura: es una exigencia de nuestra identidad como civilización con personalidad propia, surgida precisamente de muchos procesos de integración.

## **TEXTO X (1995): PRESENCIA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES DE BASE.**

Los pueblos pertenecientes a la cultura indo-hispana están, sin duda —ese es mi convencimiento— más predispuesto por su propia tradición comunal —indígena e hispana— para una rectificación democrática.

Tal vez por tener que desandar menos en un tipo de modernización que ha acabado mostrándose errado e inhumano, están más predispuestos a alcanzar una modernización más certera y a la medida del hombre. Asumiendo la virtud de la formulación democrática, pueden llevar más lejos esa democracia, más lejos en el sentido de mayor comunicación pueblo-gobernantes.



La potencia de los actuales movimientos iberoamericanos de base es, para cualquier observador mínimamente penetrante, lo más esperanzador existente en la realidad social de nuestro mundo, lo más vivo, lo que acumula mayores expectativas y esperanzas.

Esos movimientos han ido dando respuestas —sin medios, sin recursos, sin atención oficial, por pura iniciativa y esfuerzo populares— a situaciones, con frecuencia desesperadas, en el terreno de la alimentación, de los servicios sanitarios y de salud, de la vivienda, de la educación básica, del orden público, de la atención a los desastres naturales... allí donde las Administraciones o los partidos se mostraban —con todos sus recursos económicos y organizativos— desoladoramente impotentes.

### **TEXTO XI (1996): IBEROAMÉRICA: UN SENDERO DE SUPERACIÓN.**

Iberoamérica crecientemente democrática, crecientemente injusta, crecientemente crítica. Y, sin embargo, con el convencimiento de que habita en su interior una fuerza superadora que le llega de sus raíces más profundas y populares, una fuerza que la predispone para abrir marcha en la superación de cuestiones que agobian al mundo de nuestros días.

No es inevitable que los pueblos hayan de aceptar el «modelo único» de la democracia liberal-capitalista: pueden optar por un modelo de democracia personalista y solidarista, y que, por lo mismo, se gobiernen por sí mismos y para sí mismos y no para la satisfacción de intereses transnacionales.

No es inevitable que los pueblos acepten un sistema partidocrático en el que las estructuras partidarias han degenerado en burocracias que buscan su perpetuación en el poder e invaden ámbitos sociales que no les son propios —municipales, sindicales, culturales...—: pueden optar por una regeneración de los partidos que les devuelva su función de auténtica representación popular en el terreno de las definiciones políticas generales, y les mantenga escrupulosamente ausentes de los ámbitos ajenos.

No es inevitable que las aspiraciones de todo tipo de los pueblos, manifestadas en múltiples movimientos sociales, queden ahogadas y sin cauces de participación ante el monopolio de los partidos: pueden optar por abrir nuevas vías de comunicación y presencia pública, que proporcionen operatividad real a la plural y riquísima gama de acciones que una sociedad verdaderamente viva alumbraba en su afán diario.

La crítica que brota en los pueblos de la Comunidad Iberoamericana camina por este sendero, no de negación, sino de superación. Y, posiblemente, no se encuentre otra comunidad de pueblos que, a pesar de las negaciones presentes, mantenga en su interior mayores capacidades para esta superación.

Por este sendero —este sí verdaderamente *luminoso*— dará sus próximos pasos la Comunidad.

Por el sendero que, en primer lugar, significa la recuperación de la autonomía nacional y popular —de cada pueblo y del conjunto iberoamericano— para tamizar a través de nuestro propio interés todas las fórmulas que hasta ahora se le ofrecen como leyes sin discusión posible, para *ser para sí* y no *para otro*.

Que, en segundo lugar, significa una regeneración de los partidos, para que escapen al descrédito que hoy les acompaña y vuelvan a significar lo que en su día les dio su condición de instrumentos necesarios, fundamentales, para la vida democrática.

Y, en tercer lugar, significa la integración de los movimientos sociales, con todos los honores, en la vida pública: indígenas, urbanos, vecinales, femeninos...

La tradición comunal de nuestros pueblos, hispanos e indígenas, patente en estas movilizaciones populares de base, está significando el motor de arranque de esta regeneración. Quien observa la realidad iberoamericana en algo más que en su superficie, se asombra por la riqueza y fuerza de estas movilizaciones, que representan lo más vivo y prometedor de la Iberoamérica presente. Algo que hay que estudiar muy a fondo, con la mente preparada para el asombro.

## **TEXTO XII (1995): UNA TAREA GRANDE PARA UNA GRAN COMUNIDAD.**

La historia de la vida social de la humanidad ha sido y es una permanente lucha entre la concentración y la difusión del poder. El triunfo de la democracia es el triunfo teórico de la difusión —la socialización— del poder entre todos los ciudadanos.

Muchos siglos ha costado al hombre alcanzar ese logro. Pero esa victoria no ha sido definitiva, no ha sido definitivamente asegurada. La tendencia

a la concentración del poder penetra nuevamente en el tejido social, sin enfrentarse explícitamente al planteamiento democrático, pero sí corrompiéndolo en sus mecanismos más profundos.

La democracia puede, de esta forma, de continuar el proceso, quedar vacía de contenido. Podemos seguir decidiendo con nuestros votos entre un partido u otro, entre un gobernante u otro, pero no entre una alianza internacional u otra, entre un tipo de economía u otro, entre una visión del mundo y otra. Lo decisivo está decidido en una decisión en la que no participamos, y por unos protagonistas últimos a los que no elegimos y a los que, probablemente, ni conocemos.

La organización político-social de nuestros pueblos se encuentra ahora, al cabo de un camino aparentemente prometedor de varios siglos, en un momento en que hay que salvar las bendiciones de las cotas de convivencia libre, y de las cotas de representatividad alcanzadas, con una revisión al menos de dos involuciones que llevan camino de anular el sueño humano de participación de todos en el poder:

- Por un lado, el lado más universal y más grave, el de la concentración de los poderes económicos mundiales, que deja convertida en cenizas la supuesta soberanía de los pueblos y de sus órganos representativos de toma de decisiones.
- Por otro, el más local pero también el que va afectando a todos en todas las latitudes, el de la concentración de los poderes políticos en las cúpulas partidarias cada día más cerradas en sí mismas, más convertidas en sistemas de autodefensa, más lejanas de las propias bases.

¿Cómo salir al paso, cómo deshacer este camino regresivo de concentración de poderes —internacionales y locales— que nos va devorando en cada vuelta del camino la esencia socializadora del poder de la democracia?

Particularmente entiendo que estos interrogantes —que de una u otra forma van apareciendo en politólogos, economistas y sociólogos críticos— deben ser resueltos en el nivel internacional por una conjunción de pensadores y movimientos de pueblos —irritados y resueltos— que se revelen contra las deformaciones de la democracia presente, doblegada en una u otra parte por fuerzas monopolizadoras, una conjunción de voluntades e imaginaciones que se impongan la tarea de asumir el propio futuro, más allá y frente al futuro que otros nos tienen preparado.

Pero entiendo, al mismo tiempo, sin exclusiones ni mesianismos, que en una gran medida los pueblos de la Comunidad Iberoamericana encierran en su alma colectiva reservas importantes para asumir un papel adelantado en esta rebeldía. La *rebelión mestiza* continuará actuando. Son muchas energías las que se han invertido en luchas revolucionarias ibéricas y americanas, asomando su singular afirmación comunera más allá de las fórmulas estatistas o individualistas ajenas. Son muchos los desvelos de escritores y ensayistas nuestros describiendo una realidad popular de infinitas riquezas atesoradas, aplastadas pero vivas, en espera de su irrupción cuando el momento llegue. Son muchos los esfuerzos de los hombres y mujeres de comunidades sociales obstinadas en salir adelante frente a las tormentas de la naturaleza o de los ajustes neoliberales. Son muchos los estudios de economistas y sociólogos que se sumergieron en las hondadas de las dependencias de nuestros países y predicaron una urgente tarea de liberación. Muchos los que levantaron teologías liberadoras. Son muchas las comunidades indígenas que han conservado intactos su amor al trabajo en común y su armonía con la naturaleza. Son muchos, muchos. Muy dispersos, ciertamente. Pero, aún dispersos, vistos a la distancia, auscultando su latir profundo, acaban por verse como un ancho río de respuestas, desembocando en el mar de todos los pueblos y de todas las culturas, para dar a ese océano global un sabor comunero y liberador.

### **TEXTO XIII (1995): UNA COMUNIDAD «AD-EXTRA».**

La civilización occidental (o, si se quiere, la civilización centro-occidental, euro-norteamericana) triunfante en el presente, tiende a prescindir de las demás civilizaciones. Considera, o por lo menos lo siente, cualquiera que sea la ocultación exterior de este sentimiento, que los demás no tienen otro horizonte que el de irse adaptando, progresivamente, a su modelo ejemplar, único válido. Es casi ocioso añadir que respecto a la civilización iberoamericana la posición es más tajante y explícita: se la coloca en el primer lugar de la desconsideración. Para el Occidente central la civilización iberoamericana no es más que un Occidente marginal, un aprendiz torpe de Occidente. Así la propia Europa marginal que representa la península ibérica. No tienen otro porvenir que no sea el olvido de cualquier diferencia y la plena asimilación al perfecto modelo occidental, si es que ello entra en sus mediocres posibilidades.

En la misma Cumbre (de Guadalajara, México) el Presidente de El Salvador sostenía:

«Es tiempo de imaginar en conjunto una Comunidad Iberoamericana que reivindique su peso espiritual y material en el mundo. La utopía mecanicista ha muerto, pero el heroísmo de soñar una vida mejor, en medio de grandes vicisitudes y carencias, está en la raíz de nuestra identidad genética. La poesía desbordada de la Historia nos pertenece».

Una voz y un peso propios en el mundo. Pese a todas las dificultades y divisiones, una acción común de la Comunidad hacia el exterior de la misma, no sólo hacia el interior.

Una tarea ad extra. La única que puede certificar la existencia de la Comunidad. Ad extra. Porque, en las comunidades como en los individuos, vivir sólo para uno mismo es morir, morir como comunidad, o morir como persona.